



Retiro de oración. Febrero 2022

Tema 5. La obediencia de la fe

En un temario dedicado al anuncio del evangelio puede llamar la atención que tratemos un capítulo a la obediencia de la fe, sobre todo porque a la obediencia que vamos a referirnos y sobre la que vamos a reflexionar no es a la que necesita el que recibe la palabra de Dios, como es habitual... sino a la obediencia del que la anuncia. ¿Es necesario que para anunciar el evangelio sea obediente? ¿No basta con querer seguir a Jesús y hablar a otros de Dios, que también tengo que vivir la obediencia de la fe? Pues así es. No cabe otra manera de anunciar el evangelio, no hay otra forma de querer invitar a otros a creer que empezar poniendo a la base de nuestras actitudes una obediencia creyente. Y es así por causa de aquello que queremos anunciar, que es a Jesucristo, obediente durante toda su vida, sometiendo su voluntad al plan divino no solamente en los momentos buenos o de plenitud, sino también ante la debilidad o cuando estaba sumergido en la tristeza del pecado de los hombres. Podríamos comenzar por buscar en nuestra biblia alguno de los pasajes que muestran la obediencia de Cristo en su vida mortal (por ejemplo Jn 6,38; Mt 26,32-44), pero también podemos utilizar alguno de los que muestran la obediencia de los discípulos que han aprendido a vivir la obediencia de Cristo, para poder realizar su misión (igual te sirven Hch 5,27-33; 2Cor 10,5-6).

Al leer estos pasajes experimentamos una llamada a serenar nuestro corazón, que intenta ir a su manera en muchos momentos, e introducimos en el misterio de la voluntad de Dios. Esa obediencia de Jesús es incomprensible desde un punto de vista razonable, todo un Dios obedeciendo, sometido a hombres... sin embargo, la obediencia de la fe se revela como un medio eficaz, que realiza la salvación que Dios busca. Cuando nosotros buscamos que se anuncie el evangelio, con palabras o con nuestras propias decisiones, la decisión ha de ser inequívoca, pasa por la obediencia de la fe. La obediencia de la fe es, ciertamente, una obediencia crucificada, conlleva irremediamente el paso por la cruz, porque es el camino por el que Cristo ha asumido la voluntad del Padre, pero también porque es la llave que abre la puerta a que la santificación del mundo se realice eficazmente.

¿Qué experimento al leer estos pasajes? ¿Qué llama mi atención? ¿Cómo busco yo anunciar a Jesús cuando las situaciones no son favorables y son muy exigentes, acepto la obediencia o negocio con Él? ¿Veó en mí sus actitudes o me doy cuenta de que necesito constante conversión?

Y es que esta obediencia no encuentra límites: es para todo tiempo, es decir, si soy joven o adulto, si vivo solo o con mi familia, si estoy sano o enfermo, si cuido de otros o si otros cuidan de mí, si trabajo o estudio, si estoy en época de mucho estrés o en vacaciones, la obediencia no es una actitud puntual, que se cambia según mi razonable reflexión, sino que va a lo concreto de la vida y pide una perseverancia para ser verdadera obediencia. Esto la hace tremendamente contracultural y políticamente incorrecta: porque me reclama constantemente, cuando quiero cambiar mis compromisos, cuando me viene mal afrontar situaciones de abajamiento y humillación, cuando veo innecesario un esfuerzo que se me reclama, cuando esa obediencia choca de frente con lo que “yo necesito” ...

La obediencia de la fe afecta a nuestra relación familiar, y puede llegar a dividirla incluso, como Jesús advierte en el evangelio (cfr. Lc 12,51-53) o a nuestra parroquia o grupo, que nos requiera o necesite de nuestro esfuerzo y colaboración, o a nuestro mismo tiempo libre, que puede verse afectado, reducido o eliminado, en determinadas circunstancias, y puede encontrarse con la fuerza de la razón tratando de convencernos de lo contrario. Solamente volviendo al misterio de la cruz y a la contemplación de la obediencia de Cristo, nuestra obediencia se ve fortalecida, y nuestra fe tira de nosotros a obrar en continuidad o en necesidad con la llamada del Señor, no por el camino más práctico sino por el más comprometido, por el que requiere de un acto de humildad grande para aceptar y seguir. Porque, sí, la

obediencia tiene que ver con la humildad, que no busca salirse con la suya, sino que salga la de Dios Padre. Por eso es tan difícil a menudo.

¿Dónde veo la tentación de abandonar la obediencia por alguna situación puntual? ¿Advierto cómo me complica la vida pero sonrío al comprender que es una llamada de Dios a la comunión con Él y su cruz? ¿Tengo mirada larga para valorar desde la santidad, no desde la comodidad? ¿Dónde afronto esta prueba últimamente? ¿Cómo la he resuelto?

Existe una escuela para la obediencia de la fe que, a menudo, pasa desapercibida de nuestro cálculo y que no aprovechamos adecuadamente. Es la celebración de los sacramentos. Cuando vamos a misa, por ejemplo, de forma cotidiana, somos invitados por la Iglesia a una forma de orar. Hacemos un camino, nos levantamos, sentamos, arrodillamos, respondemos, cantamos, hacemos silencio, escuchamos... Nuestra obediencia a la celebración litúrgica, la del sacerdote que la preside así como de los fieles que en ella concelebran, hace presente a Cristo, cuya presencia se va atenuando en la medida en que cada uno de nosotros decidimos hacer como queremos. Es una obediencia de fe, pues es la fe la que nos motiva a rezar unidos, a no hacer las cosas como a nosotros nos parece que es mejor, sino como la Iglesia nos enseña y manda.

Siempre vamos a experimentar una tentación que nos encontramos en multitud de situaciones también en la vida, cuando pensamos “yo sé como hacer mejor”, cuando nos creemos que nosotros mejoramos lo que hace o lo que nos enseña con autorizada voz la Iglesia, pero tenemos que aprender a acallar esa voz que, en realidad, nos engaña, nos distrae y nos aleja de la comunión de cristianos que se ha reunido a la voz del Espíritu. El Espíritu y la Iglesia están unidos, de tal forma que nunca el Espíritu nos suscitará hacer las cosas de forma diferente a como enseña la Iglesia. La obediencia de la fe nos reclama moderar nuestra intención, pues no hay mayor fidelidad que la de hacer lo que la Iglesia manda, no hay piedad más verdadera que obedecer a lo que la Iglesia enseña cuando lo hace con autoridad, como hace en los libros litúrgicos y sacramentales. Así, en la misa aprendemos a no dejarnos llevar por nosotros mismos ni imponer nuestra voluntad religiosa a la que la Palabra de Dios y la enseñanza de la Iglesia nos ofrecen, pues en ella tenemos un seguro mayor a lo que podemos nosotros razonar.

¿Afronto la celebración de la Iglesia con la confianza en la acción del Espíritu y de la Iglesia? ¿Soy más de ir a mi ritmo o de confiarme en la celebración eclesial? ¿Mis pensamientos y oraciones son los que la Iglesia guía en ella o tiendo a irme a mis cosas, a pensar que los demás me molestan? ¿Advierto cómo eso, que es objetivo, me separa de los demás para otras cosas e intento volver, o me encierro en mi opinión y busco quien me la apoye?

Aquí vemos una preciosa característica de la obediencia: nos protege. Nos protege de falsas apariencias o de modas pasajeras, nos protege de dificultades ante las que nos vamos a sentir solos, nos protege de hacer las cosas a nuestra manera y luego pensar que nadie nos comprende o que nadie está a nuestro nivel. La verdadera obediencia conforta, serena, incluso en medio de la persecución o de la burla. La verdadera obediencia fortalece ante la tentación de obrar con mal o con violencia, y lo hace porque remite a Cristo: sólo es necesario que a la vez de querer obrar con obediencia aceptemos vivir en oración, para caer en la cuenta del bien que es seguir el camino de Cristo. Muchas veces, esta actitud es incomprensible para el mundo, pero viene bien contrastar nuestras actitudes para no dejarnos llevar por el espíritu del mundo y reaccionar a tiempo: sin la referencia de Cristo, nuestra obediencia pierde su fundamento, su razón de ser.

Y podemos pensar que a Dios le basta con darle otros sacrificios o planes. Sin embargo, la Palabra de Dios viene a fortalecernos, como explica el profeta Samuel al rey Saúl: “La obediencia vale más que el sacrificio, y la docilidad, más que la grasa de carneros” (1Sam 15,22). En la obediencia a la Palabra del Señor, a los compromisos adquiridos, a la fe recibida, no encontramos solamente una dificultad, evidente y constante, pues en Cristo ha llegado al extremo de la cruz, sino que encontramos también un consuelo, una seguridad de no quedar abandonados, de que Cristo nos conforta incluso cuando los que nos rodean se vuelven contra nosotros: la fidelidad no la manifiesta la posición del enemigo tanto como la de Cristo, y en Él nos fortalecemos en el bien.

¿Reconozco el cuidado maternal de la Iglesia en lo que me enseña y pide? ¿Intento hacer negocios, cambios con Dios, muy sutiles a veces? ¿Agradezco al Señor su fortaleza y perseverancia, que me concede cuando intento seguirle? ¿Descubro en la fidelidad de otros cristianos una ayuda y un estímulo para continuar adelante también yo en mi creencia y confesión de la fe?